

# EXTREMO OCCIDENTE Y EXTREMO ORIENTE

Herencias asiáticas en  
la América hispánica

Axel Gasquet y Georges Lomné  
(Editores)



## Capítulo 3



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

303.482508 E Extremo Occidente y Extremo Oriente : herencias asiáticas en la América hispánica / Axel Gasquet y Georges Lomné, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia

Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

317 p. ; 21 cm.

Incluye bibliografías.

Contenido: Encuentros y desencuentros -- Fascinación pictórica por oriente y arte nikkei -- Narrativas mestizas, nikkei y tusán.

D.L. 2018-08170

ISBN 978-612-317-372-2

1. Orientalismo - América Latina - Ensayos, conferencias, etc. 2. Orientalismo en el arte 3. Chinos en la literatura 4. Japoneses en la literatura 5. Oriente y Occidente I. Gasquet, Axel, 1966-, editor II. Lomné, Georges, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-143

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo

y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: *Puerta de Pekín* (1953), de Raúl Castagnino

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-08170

ISBN: 978-612-317-372-2

Registro del Proyecto Editorial: 31501011800564

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## EL JAPÓN VISTO POR FRANCISCO DÍAZ COVARRUBIAS, UN VIAJERO POSITIVISTA MEXICANO (1876)

*Nour-Eddine Rochdi*

Universidad Clermont Auvernia – IHRIM (CNRS)

El presente trabajo ofrece una reflexión en torno a una de las más destacadas crónicas de viaje latinoamericanas de fines del siglo XIX y principios del XX. Se trata del informe titulado *Viaje de la comisión astronómica mexicana al Japón: para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del Sol el 8 de diciembre de 1874*, presentado por el célebre científico y humanista mexicano Francisco Díaz Covarrubias (1876), en su calidad de presidente de la expedición. Dicha reflexión se inscribe dentro del marco de lo que recientemente designamos como «orientalismo hispanoamericano».

### DEBATE SOBRE EL ORIENTALISMO HISPANOAMERICANO

Generalmente, cuando hablamos de orientalismo tenemos tendencia a definirlo respecto a Occidente tanto a nivel geográfico como a nivel geopolítico e ideológico. Sin embargo, somos conscientes de que este referente es impreciso e, incluso, inexacto. Como lo señala con razón Axel Gasquet:

El orientalismo, en cuanto disciplina que estudia todo lo relativo a culturas, religiones, artes y lenguas orientales, tiene la desventaja de ser un concepto impreciso y vago, por la amplitud geográfica y cultural que dicho término pretende abarcar. Su imprecisión conceptual es inversamente proporcional a su utilidad ideológica:

el orientalismo tiende a incluir en su seno casi todas aquellas culturas «no occidentales», lo que supone un conocimiento tácito sobre qué es Occidente y coloca, en forma implícita, el Oriente geográfico como el lugar de la alteridad radical (Gasquet, 2007, pp. 13-14).

A nuestro parecer, sería legítimo hablar más bien de orientalismos y occidentalismos, en plural, porque en tales conceptos encontramos una importante diversidad a todos los niveles: histórico, lingüístico, cultural, ideológico, religioso, político, etc. Sin extraviarnos en enumerar los ejemplos de dicha imprecisión conceptual, nos limitamos al caso de un país como Marruecos (en árabe se escribe Al-Maghreb, que significa «el lado por donde se pone el Sol»), que, como se sabe, es geográficamente un país extremadamente occidental y, sin embargo, en los registros de los estudiosos del orientalismo figura como país oriental.

En el caso de los dos países que nos ocupan aquí, México y el Japón, constatamos que este último es un archipiélago situado en el extremo oriental de Asia; mientras que, respecto a México, el Extremo Oriente se ubica más bien en la dirección occidental. Esto significa que la dicotomía «orientes/occidentes» responde a criterios que carecen geográficamente de todo fundamento lógico.

A esta imprecisión geográfica se añade otra de carácter histórico que le sirvió a Edward Said como argumento para definir el orientalismo europeo planteándolo en términos relacionales entre países dominantes y países dominados (Said, 2002). En este sentido, la tesis desarrollada por Edward Said, si bien se aplica al orientalismo europeo bajo la perspectiva colonialista, en el caso latinoamericano puede resultar anacrónica debido a la particularidad del complejo y agitado contexto histórico de este subcontinente. En efecto, debemos tener presente que en el supuesto «Occidente» no hay únicamente países dominantes, colonialistas o neocolonialistas como lo fueron, entre otros, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Por ejemplo, pocos años antes del viaje de Díaz Covarrubias al Japón, México había sido ocupado por las tropas francesas del emperador Maximiliano y, algunas décadas antes, había perdido la mitad norte de

su territorio, conquistado por Estados Unidos. Esto significa que hay dos tipos de occidentes: el uno dominador y el otro dominado. A esto hay que agregar la «estabilidad» política de las potencias dominadoras y hegemónicas que contrasta considerablemente con la inestabilidad política que conoció la mayoría de las naciones hispanoamericanas que, apenas independientes, se encontraban aun en pleno proceso de formación. Esta distinción es significativa en la medida en que determina la especificidad de los orientalismos hispanoamericanos que se destacan claramente de los orientalismos europeos y estadounidense, a pesar de la acertada afirmación de Hernán Taboada, quien escribe: «La dependencia de las fuentes europeas, la falta de originalidad, la posición marginal en el conjunto de la producción cultural, son características que nos remiten a un “orientalismo periférico”, es decir uno que toma prestadas sus categorías centrales de las que habían sido difundidas en Europa» (Taboada, 1998, p. 287).

Teniendo en cuenta la opinión de Taboada, constatamos que, a pesar de haberse nutrido esencialmente de los orientalismos europeos en sus inicios, de haber reproducido los modelos ideológicos eurocentristas, la mayoría de los viajeros hispanoamericanos supo desarrollar su propia visión de los orientes<sup>1</sup>. Este fenómeno se acentuó a partir de las últimas décadas del siglo XIX, coincidiendo con el auge del modernismo hispanoamericano, para consolidarse progresivamente a principios del siglo XX. En gran parte, las élites hispanoamericanas de dicho periodo llevaron a cabo un proceso de adaptación, conforme a la realidad continental, de todos aquellos conocimientos culturales y filosóficos de Occidente asimilados durante décadas<sup>2</sup>. Esto significó que América Latina supo abrirse cultural

---

<sup>1</sup> Axel Gasquet ofrece un panorama completo de los orígenes y de la evolución del orientalismo europeo en el capítulo titulado «El arquetipo europeo y el debate sobre la cuestión Oriental» (Gasquet, 2007, pp. 19-42).

<sup>2</sup> A este propósito, cabe recordar las palabras del poeta cubano José Martí que había llamado la atención sobre el exceso de imitación de todo lo que venía de Europa y Estados Unidos y que no cesó de reivindicar los valores propios de lo que él llamó «Nuestra América»: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas» (Martí, 1968, pp. 161-172).

y científicamente al mundo sin por ello perder su propia esencia. Esta toma de conciencia, que se manifestó a través de una búsqueda de la identidad cultural, llevó a las élites hispanoamericanas a alejarse paulatinamente de los valores eurocentristas, considerados como «eje» de la cultura universal, para forjarse su propio camino. Este proceso hizo que Occidente dejara de ser «la» sola y exclusiva referencia cultural para la intelectualidad latinoamericana: Hispanoamérica dejó gradualmente de ver el mundo solo a través de los cánones europeos.

Esta actitud se manifestó de manera clara en algunos orientalistas hispanoamericanos que forjaron su propia percepción del mundo oriental efectuando ellos mismos los viajes hacia los diferentes países del llamado Oriente. En efecto, animados por la curiosidad de conocer directamente nuevas culturas y nuevos pueblos, conocer el «Otro» en medio de su propia realidad, los viajeros hispanoamericanos se descubrieron a sí mismos. De pronto, creció el interés por las regiones orientales que empezaron a constituir un particular polo de atracción para estos ávidos viajeros (escritores, artistas, pintores, diplomáticos, reporteros, científicos, naturalistas, etc.) quienes, guiados por diversas razones y motivaciones, ofrecieron al lector hispanoamericano apreciables crónicas y relatos desde la perspectiva propia de países en gestación.

De todas estas regiones orientales, se destaca particularmente el Japón, país extremo-oriental que no deja de ejercer una gran fascinación sobre los viajeros de todo origen y cultura. Entre los viajeros latinoamericanos de fines del siglo XIX y principios del XX, podemos citar los casos del argentino Eduardo Faustino Wilde, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y los mexicanos Francisco Bulnes y Francisco Díaz Covarrubias.

## VIAJE DE UN MEXICANO AL JAPÓN

En México, el interés por los países orientales data de poco antes de mediados del siglo XIX con la peregrinación a los «santos lugares» del padre José María Guzmán, considerado como el precursor de lo que en

aquella época no se denominaba aun el «orientalismo mexicano»; sino más bien relatos o crónicas de viaje hacia Oriente (Mohssine, 2012). Unas décadas después, viajaron en esta misma dirección otros mexicanos, entre los cuales encontramos a Luis Malanco, José López Portillo y Rojas, Francisco Bulnes y el cronista que nos ocupa en este trabajo.

Nuestro autor, Francisco Díaz Covarrubias (Xalapa, Veracruz, 1833-París, 1889) se inscribe indudablemente en la corriente de los orientalismos hispanoamericanos. Es una de las figuras ilustres del panteón mexicano. Fue un eminente científico en las disciplinas de las Matemáticas, la Geografía y la Astronomía. Entre sus realizaciones cabe señalar el estudio topográfico del territorio mexicano y su participación en la reforma del sistema de educación pública con la introducción de la filosofía positivista como base de la enseñanza. En 1867, fue nombrado por Benito Juárez «oficial mayor del ministerio de fomento». Fue personalmente el presidente Sebastián Lerdo de Tejada quien le confió la presidencia de ca Comisión científica mexicana al Japón.

A parte de Díaz Covarrubias, dicha comisión estaba compuesta por Francisco Jiménez, Manuel Fernández Leal, Agustín Barroso y Francisco Bulnes. Esta expedición fue un éxito total tanto a nivel nacional (permitiendo la reinstalación y la renovación del observatorio astronómico de Chapultepec), como a nivel internacional, ya que le confirió a México un reconocimiento en el campo de la Astronomía.

La crónica de esta expedición científica al Japón fue recogida en el referido informe redactado por el propio Díaz Covarrubias. El tránsito de Venus por el disco solar se trata de un fenómeno poco frecuente que se produce solamente dos veces por siglo. El informe consta de 391 páginas y su composición es la siguiente: una breve carta del autor enviada desde México, con fecha del 15 de julio de 1876, dirigida al Sr. ministro de Justicia e Instrucción Pública; una sección de 16 capítulos<sup>3</sup> (pp. 7-322)

---

<sup>3</sup> En adelante, señalamos las referencias y citas de Díaz Covarrubias con la paginación entre paréntesis.

que narran cronológicamente los preparativos de la expedición, el itinerario del viaje, que comenzó en Veracruz el 18 de setiembre y terminó con la llegada al Japón, a la ciudad de Yokohama, el 8 de noviembre, pasando por La Habana, Filadelfia, Nueva York, San Francisco y el cruce del Océano Pacífico. En esta misma sección, a partir del capítulo VII (pp. 107-322), el relato se centra en la región de la ciudad de Yokohama, donde la delegación mexicana instala sus dos observatorios. Termina el informe con un extenso «Apéndice técnico» (pp. 324-391) donde se presenta los diferentes cálculos y resultados de la observación científica realizada por la comisión astronómica.

En la carta que acompaña el texto, el autor empieza indicando el contenido de su informe: «Tengo el honor de remitir a Vd. *una breve relación del viaje* que hizo al Japón la Comisión Astronómica con cuya presidencia se sirvió honrarme el Supremo Gobierno, así como los datos y resultados de las observaciones del tránsito de Vénus, practicadas en las dos estaciones que establecí en aquel Imperio» (p. 6, subrayado nuestro).

De esta frase, destacamos dos elementos: el primero subraya la «breve relación del viaje» y el segundo, «los datos y resultados de las observaciones». De los dos aspectos, hemos escogido centrarnos exclusivamente en el primero; es decir, la crónica de viaje, relato que refleja la visión que el autor tuvo del Extremo Oriente japonés<sup>4</sup>.

Cabe señalar que el hecho de haber escogido al Japón para instalar su observatorio es medio azarosa. Al salir de México, la delegación sabía que iba al continente asiático; pero, como solía ocurrir con la mayoría de los viajeros hispanoamericanos de fines del siglo XIX, por carecer de informaciones sobre la región, la expedición no había decidido aún si se instalaba en el Japón o en China. Díaz Covarrubias no tardó en adquirir suficientes noticias durante su corta escala en San Francisco, noticias que

---

<sup>4</sup> A parte del aspecto científico, las impresiones realizadas por Díaz Covarrubias durante su viaje sobre los contextos políticos y económicos de México, Cuba y Estados Unidos son de una importancia capital para el estudio y el conocimiento de la historia de América Latina y sus relaciones conflictivas y difíciles con Estados Unidos.



influyeron finalmente en su decisión. Dos factores esenciales de diferente índole corroboraron su inclinación por el Japón: el factor político y el factor climático. Expresa el autor respecto al contexto político:

Las hostilidades estaban à punto de romperse entre la China y el Japón, à consecuencia de los sucesos de la isla de Formosa; y aunque temía muchísimo los efectos de la guerra para el objeto de mi expedición, creí seguro que en el caso de estallar, estaría yo mejor en el Japón, que como potencia marítima superior à la China, tomaría sin duda la iniciativa, como la tomó en efecto, ocupando militarmente à Formosa. Además de esta consideración ya por sí sola decisiva, tuve en cuenta todas las relaciones que se me hacían acerca de la franca hospitalidad que el ilustrado gobierno actual del Japón dispensa à los extranjeros; mientras que el de la China, siempre intolerante y aun hostil para todo lo que viene de fuera, podría acaso acogerme con poca voluntad (pp. 88-89).

En cuanto al factor climático, el autor temía encontrarse en medio del invierno con las vías fluviales chinas congeladas, lo que dificultaría el transporte de los materiales para la instalación del observatorio. Además de estas dos razones, la expedición disponía de un tiempo muy limitado para llegar hasta China. De ahí la decisión de Díaz Covarrubias de instalar sus observatorios en el Japón, en la provincia de Yokohama, cuyo territorio ofrecía también condiciones óptimas para el tránsito del planeta Venus por el disco del Sol.

La idea de relatar el viaje de la comisión mexicana formaba parte de los proyectos de la expedición, ya que era una tarea que se le había confiado al Sr. Bulnes que, entre otras funciones, tenía la de cronista, con la misión de estudiar la historia, la civilización y las costumbres del pueblo japonés<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Independientemente de su pasajera enfermedad en Yokohama, Bulnes recogió en un libro (publicado en 1875, un año antes de la publicación del informe de Díaz Covarrubias) un conjunto de sus crónicas de viaje por el mundo, en las que incluye sus experiencias en el Japón (Bulnes, 2012; Chávez Jiménez, 2014).

Pero, al caer este enfermo, el propio Díaz Covarrubias tuvo que realizar esta relación del viaje al Japón. Escribe al respecto:

[...] y si yo me atreví a emprender la redacción de este libro en el que he procurado consignar algunos de aquellos datos, no ha sido sin el pleno conocimiento de mi insuficiencia para este género de producciones [...]. Reclamo sin embargo dos cosas a favor de mi desaliñado relato: el deseo de que pueda ser de alguna utilidad, y la exactitud y la veracidad más completas, pues nada he expuesto en él que no me conste por observaciones personales o por informes y documentos dignos de todo crédito (pp. 190-191).

Partiendo de esta confesión de honestidad intelectual, modestamente, el autor emprende una labor de cronista para dar a conocer, incluso para revelar, al lector mexicano esta «misteriosa» y «extraña» civilización oriental bajo sus múltiples aspectos. En efecto, para realizar su deseo de «contar el país del Sol Naciente» (y llevar a cabo su misión científica), a pesar de la ausencia de relaciones diplomáticas entre México y el Japón, Díaz Covarrubias se beneficia de la generosa colaboración de altos responsables de las autoridades japonesas que, desde su llegada, le ofrecen facilidades de toda clase. Expresa su gratitud en estos términos: «La cortesía del funcionario japonés (el Sr. Kindaro Tanaya, superintendente de los servicios aduaneros de Yokohama) no era más que el preludio de las muchas atenciones que en lo sucesivo recibí del ilustrado Gobierno Imperial y del local de Kanagawa (el Sr. Nakashima Nobuyuki, Gobernador de dicha ciudad)» (pp. 113-114). Se añade a esto el contacto permanente que mantenía con ciertos diplomáticos occidentales de gran influencia en el país y que tenían mejor conocimiento de la realidad japonesa, como el representante de Estados Unidos, el Sr. Bingham, quien le fue de gran utilidad. Aparte de los documentos consultados y los libros analizados, el autor se sirve, sobre todo, de lo que observó personalmente en las calles, de lo que oyó en las conversaciones de salón y del contacto directo con las diferentes capas sociales de la vida cotidiana de los japoneses. Viajó también por varias ciudades importantes del país.

Apenas llegado al puerto de Yokohama, Díaz Covarrubias empieza a sentir «la ardiente curiosidad de conocer en su país a los pobladores del Japón» (p. 107). Aquí cabe subrayar un elemento primordial respecto de la visión peculiar que tuvo el viajero mexicano en esta crónica sobre el Japón: se trata de una constante percepción comparativa entre el mundo oriental y el mundo occidental, comparación que se resuelve variablemente según los temas tratados. Para este trabajo, nos centraremos esencialmente en los aspectos relativos a la relación Oriente/Occidente; es decir, trataremos de averiguar la manera en la que el cronista concibió el fenomenal proceso de occidentalización del Japón.

A través de una minuciosa descripción, el viajero nos hace descubrir la ciudad de Yokohama, rodeada de colinas y montañas, «ciudad casi europea» que contrasta con la ciudad vecina de Kanagawa, «enteramente japonesa»<sup>6</sup>. En Yokohama, el mexicano constata que en la ciudad se distingue claramente dos fracciones: la parte oriental, donde residen los 4000 o 5000 extranjeros, de arquitectura occidental europea con ligeras modificaciones de estilo japonés; la otra parte occidental de la ciudad, reservada a los japoneses, que viven con sus construcciones y sus costumbres orientales. Nos ofrece también un panorama de la ciudad de Tokio y sus alrededores, ciudad que dispone del primer ferrocarril del país, construido por los ingleses. De esta ciudad, subraya la suntuosidad de los edificios públicos y administrativos, de arquitectura típicamente asiática, que fueron palacios que pertenecieron a los Daimios (señores feudales o príncipes, hijos de la nobleza) de la época *shōgun*, anterior a la revolución de 1868. Otro detalle significativo es el hecho de que la mayoría de las casas de Tokio eran de madera; pero, a causa de los frecuentes incendios, los japoneses empezaron a construir habitaciones en piedra y ladrillo,

---

<sup>6</sup> Hablando del Yokohama de principios del siglo XX, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo la había calificado como una ciudad totalmente europea: «[...] una ciudad que lo mismo podría ser holandesa, que canadiense, o alemana, o escandinava» (Gómez Carrillo, 1912, p. 142). Unos años antes que el guatemalteco, el argentino Eduardo Wilde describe Yokohama como «*esta singular Venecia*» (Gasquet, 2007, p. 193).

creando un nuevo estilo de tipo euroasiático. Cabe adelantar que estas modificaciones arquitectónicas forman parte de las realizaciones que marcaron el inicio del largo y paulatino proceso de occidentalización del archipiélago nipón, iniciado por la dinastía Meiji.

La gran mayoría de las observaciones están relatadas por Díaz Covarrubias a través de un tono preponderante y elogioso sobre la nueva sociedad japonesa que el autor encuentra en pleno proceso de transformación y desarrollo, tanto a nivel cultural y político como a nivel administrativo e industrial. Entre los temas tratados en la crónica, no podía faltar el de la educación. La cuestión de la enseñanza adquiere un particular interés entre las preocupaciones de Díaz Covarrubias por haber sido uno de los principales protagonistas de la reforma educativa del Distrito Federal, con la «Ley orgánica de la instrucción pública», el 2 de diciembre de 1867, promovida bajo la presidencia de Benito Juárez. Tampoco podían faltar sus impresiones sobre la vestimenta tradicional de las japonesas, las ceremonias del té, las cerámicas que encuentra de alta calidad artística y demás objetos de lujo que se acumulan en los almacenes para ser exportados a Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

A nivel cultural, el cronista nos hace compartir ciertas costumbres y tradiciones de la sociedad japonesa. El viajero observa y juzga. Observa los medios de transporte destacando los típicos carruajes llamados *drin-rik-sha* (coches tirados por hombre); nos confiesa haberlos utilizado diariamente durante su estancia en el Japón, reconociendo, al mismo tiempo, con pesadumbre, la dureza del oficio, en donde el cochero desempeña el papel de animal de tiro. Declara sentir un constante malestar que le llevaba a recompensar generosamente a los cocheros en el momento de pagar su transporte.

A parte de este sentimiento «culpabilidad», el mexicano emite un juicio crítico para expresar su indignación frente al comportamiento inhumano de ciertos extranjeros europeos respecto a los cocheros japoneses:

Pero si causa profundo disgusto el espectáculo del hombre convertido en bestia de tiro, pasa a ser repugnante el que ofrecen algunos europeos ostentando el lujo ridículo e inhumano de hacer acompañar sus carruajes por japoneses a pié, llamados «bet-to» (palafreros), que van corriendo al lado de las portezuelas al paso de los caballos [...]. Creo que ningún japonés ilustrado, y los hay en gran número, debe contemplar sin indignación un espectáculo cuyo primer efecto es el de manifestar de una manera desembozada la desigualdad extrema de condiciones en que la pobreza coloca a sus compatriotas respecto del europeo, cuya fortuna se ha improvisado tal vez en aquel país (p. 116).

Prosigue su crítica con ironía al señalar que en sus países estos mismos europeos (cita el caso de los ingleses) se jactan de ser los propagadores de las «sociedades protectoras de los animales» y que manifiestan, contrariamente, una indiferencia frente al trabajo penoso de un ser humano (p. 116). Con este severo juicio, constatamos que la actitud moral del mexicano respecto a la sociedad japonesa se distingue claramente del comportamiento chocante de los europeos residentes en el Japón.

El viajero sigue observando esta sociedad oriental y juzga, en particular, la condición de la mujer japonesa. Critica las creencias supersticiosas de las mujeres de la capa inferior de la sociedad. Critica también la costumbre de las mujeres casadas que se tiñen los dientes de negro y se afeitan las cejas: las encuentra repugnantes. Pero en donde mejor se expresa la mentalidad de Díaz Covarrubias es en su juicio sobre el tema de la prostitución. Después de haber señalado con simpatía el pudor natural que caracteriza a la mujer japonesa en general, el mexicano nos traza un panorama del comercio sexual, con sus *dgioro* (prostitutas), sus *dgioro-ya* (residencias habituales), sus *cha-ya* (casas de té); concluye planteando el problema de la prostitución de jóvenes, que calificada de «precoz y abyecta». Sin embargo y a pesar de esta clara aseveración, el mexicano intenta justificar esta práctica con los siguientes argumentos:

[...] ¿En qué país del mundo no se ven cosas semejantes, y a quién se le puede ocurrir el juzgar a toda una sociedad por los excesos que se

observen en ciertas individualidades degradadas? [...] En una palabra, sin que pretenda yo constituírme en defensor de la moralidad femenina de una sociedad que no pude conocer a fondo, es sin embargo, mi deber de manifestar aquí que, en este punto, nada vi en las ciudades del Japón que no se vea igualmente en todas las grandes ciudades del mundo [...] (pp. 254-255).

Con esto, por una parte, Díaz Covarrubias llama la atención sobre la evocación de ciertos tópicos recurrentes que tienden a la generalización exagerada de la mujer japonesa bajo una sola y única dimensión sexual «degradada». Por otra parte, precisa con razón que el problema de la prostitución no es ninguna exclusividad japonesa, sino más bien universal. Una vez más, el mexicano recurre a la argumentación comparativa entre Oriente y Occidente para justificar, e incluso defender, el problema de la prostitución en el Japón.

Para entender mejor la reacción del autor, hay que situarla en el contexto de su razonamiento y argumentación. En líneas precedentes, Díaz Covarrubias había criticado severamente la actitud de ciertos viajeros europeos de la siguiente manera:

Las faltas contra la decencia eran las que mas reprochaban a los japoneses los primeros viajeros europeos. «En este país», me decía una señora europea residente en Yokohama, «las flores no tienen olor, las frutas no tienen sabor, y las mujeres no tienen pudor». Pero aseveraciones semejantes son tan exageradas que nada significan; se formulan casi siempre bajo el influjo de una intolerante preocupación contra los usos a que no se está acostumbrado; y por lo menos indican que, sin fundamento alguno, se pretende medir con un mismo módulo, los hábitos de pueblos enteramente diversos en educación, creencias y género de civilización [...].

Cierto es que en el Oriente la poligamia coloca a la mujer en condiciones muy inferiores a las que en Occidente le ha creado la civilización cristiana, y que bajo diversos puntos de vista, no hay comparación posible entre las mujeres de ambos países; pero también

es verdad que aquellas diferentes condiciones influyen sobre otro género de dotes más bien que sobre el pudor, como son la dignidad, la elevación de ideas, la inteligencia, que evidentemente en nuestras sociedades se cultivan más que en la reclusión a que condenan a la mujer las instituciones poligamistas (pp. 253-254).

Compartimos el juicio pertinente del autor sobre el tema de la poligamia y sus consecuencias sociales; pero, lo que nos sorprende en los propósitos del cronista es el aspecto ideológico. En sus palabras, observamos una cierta contradicción al reprocharles a ciertos occidentales el hecho de juzgar una sociedad sin tener en cuenta su cultura, sus tradiciones, su historia y sus creencias, mientras que él mismo, hablando de la mujer oriental en general, sostiene semejante razonamiento al tener la convicción de que «la dignidad» y «la inteligencia» son propiedades exclusivas de la mujer occidental. A este respecto, podemos preguntarnos, por el momento, si al expresarse de este modo Díaz Covarrubias no lo hace desde la dicotomía «civilización y barbarie», inscribiéndose en el clásico debate latinoamericano del siglo XIX. Sin entrar en detalles, cualquier mente sana puede verificar que la prostitución y la poligamia, el adulterio y la inmoralidad son prácticas que han existido tanto en las sociedades orientales como en las sociedades occidentales.

## **PROCESO DE OCCIDENTALIZACIÓN**

En su informe, Díaz Covarrubias se interesó en particular por la historia del Japón. Las secciones XIV y XV de su crónica están enteramente dedicadas a la historia de este país desde sus orígenes hasta el triunfo de la revolución Meiji de 1868. Para ello, el mexicano tuvo que consultar los pocos anales históricos de mayor crédito para dar a conocer esta extraordinaria civilización oriental. Esta voluntad responde a una necesidad de divulgación porque:

El Japón, como casi todas las grandes nacionalidades de Oriente, conserva antiquísimas tradiciones en que están confundidas su cosmogonía, sus ideas religiosas y su historia. No es todavía posible para los pueblos de Occidente conocer con suficiente certidumbre, ni siquiera el periodo puramente histórico del «Imperio del Este o Japón», porque solo hasta estos últimos años han sido conocidos y traducidos algunos de los pocos documentos de la historia de este singular país [...] (p. 263).

Es cierto que, hasta nuestros días, el Japón sigue escondiendo una cierta dosis de misterio para los viajeros occidentales (Moriyama, 1997)<sup>7</sup>. Este país fascina a la vez que intriga, tanto por sus contrastes (entre lo tradicional y lo moderno), como por la velocidad con la que lleva a cabo los cambios radicales en todos los dominios (Tada, 2006). Y es precisamente este cambio que el mexicano no cesa de subrayar en su relato: «[...] Tuve oportunidad de imponerme de muchos de los hechos mas prominentes de la revolución que allí se ha operado, y que bajo distintos aspectos, puede calificarse casi de extraordinaria y única en la historia del mundo» (p. 242).

De todos los cambios que tuvieron lugar en el Japón de los Meiji, la democratización y el progreso del país son los que mas impresionaron al cronista. Según el cronista y científico, se trata del nuevo gobierno que «reparte con equidad los cargos del Estado, que difunde por todas partes los beneficios de la educación, que ha aceptado de buena fé la amistad y la cultura de las demás naciones, y que finalmente asegura à ese mismo pueblo ordenado y laborioso la propiedad de su trabajo y el bienestar que es su consecuencia» (p. 173).

---

<sup>7</sup> Afirma Takashi Moriyama: «Tout est déroutant dans ces contrées lointaines, tout au bout de cet Orient extrême, à dix mille kilomètres de l'Europe. La langue est compliquée, le code de politesse alambiqué, le mode de vie déconcertant, la pensée impénétrable. Ce pays ne se livre pas facilement aux regards extérieurs. Comprendre les Japonais demande du temps. Beaucoup de temps. Sauf à posséder les quelques clés indispensables pour décoder ce que recèlent les innombrables sinuosités de la société nippone» (Moriyama, 1997, p. 9).



Díaz Covarrubias se extiende en la enumeración y el desarrollo de los diferentes aspectos de esta reforma política, económica y cultural dando ejemplos concretos como la creación de nuevas leyes y el impulso de nuevas instituciones. Pero de todos los aspectos del nuevo régimen Meiji, el que más se destaca es la occidentalización del país. El viajero siente gran admiración por este pueblo que califica de muy hospitalario, «digno, caballeresco, laborioso y tan valiente como sumiso à la ley» (p. 321). Un pueblo que empieza a manifestar signos de una occidentalización tanto en sus costumbres como en su vestimenta. El autor relata que la mayoría de los altos funcionarios visten a la europea por haber viajado por el viejo continente. Esta occidentalización se debe a la revolución Meiji que modificó radicalmente las relaciones con los extranjeros residentes en el Japón. El Japón de los *shōgun* era hostil a toda apertura del país, incluso incitaba a los japoneses tradicionalistas a cometer asesinatos contra los extranjeros (Elisseff, 2001, pp. 161-165). A la llegada del gobierno Meiji, se decretó por ley el respeto a los extranjeros. Dice nuestro cronista mexicano:

Y cuando comenzaba apenas el soberano a ejercer de una manera absoluta el doble poder temporal y espiritual, fue cuando hizo uso de su señorío sobre vidas, conciencias y haciendas para abrir francamente a los extranjeros las puertas de su Imperio, para asimilarle la civilización de aquellos, para adoptar sus usos, sus costumbres y hasta sus trajes [...], hasta prometiendo al pueblo el derecho de reunión y de discusión para elegir la mejor forma de gobierno (p. 243).

Estas decisiones revolucionarias del gobierno japonés rompieron el aislamiento insular permitiendo al país una mayor apertura hacia los países occidentales. Al hablar de la presencia extranjera en el Japón, Díaz Covarrubias distingue claramente a los europeos de los estadounidenses. Critica el comportamiento arrogante de ciertas potencias europeas (sobre todo Francia e Inglaterra) por hacer en «todas partes ostentación de la fuerza bruta»; mientras que su juicio sobre la potencia anglo-americana es globalmente positiva. Pero a pesar de esta reacción recelosa que tiene

frente a ciertas potencias europeas, en su crónica no cesa de insistir sobre la necesidad que el mundo tiene de abrirse al progreso y a la modernidad que representa Occidente.

Díaz Covarrubias concluye su crónica sobre el Japón con la esperanza de poder convencer a las autoridades mexicanas para que los dos pueblos puedan estrechar vínculos. La fascinación por el espíritu progresista japonés fue tan intensa que alcanzó su cénit cuando el viajero mexicano expresa su ardiente deseo de que su país pudiera establecer relaciones comerciales y diplomáticas con el archipiélago nipón. Este deseo es palpable a lo largo de toda la crónica. Desde su llegada al Japón, mientras que esperaba el tránsito del planeta Venus por el disco del Sol, el viajero emprendió la tarea de calcular minuciosamente los datos de importación y exportación de los principales productos japoneses con algunos países como Francia, Estados Unidos, Alemania y, principalmente, China e Inglaterra. A partir de este análisis comercial, llegó a la conclusión de que tanto México como el Japón sacarían grandes beneficios y ventajas estableciendo relaciones comerciales directas, sin pasar por países intermediarios<sup>8</sup>. Además, añade:

Una de las cosas que me llamaron la atención al examinar las cuentas fiscales de 1871 à que antes me he referido, fue la circunstancia de que todas las rentas y todos los gastos del gobierno estuviesen expresados en *pesos mexicanos*. Este hecho que es consecuencia de la supremacía de que goza nuestra moneda en el Asia, aun sobre la moneda nacional, es à mi juicio una de las razones que con mas fuerza deben abogar por la conveniencia de que nuestro país establezca relaciones comerciales directas con la China y con el Japón [...].

En cambio de nuestros productos y principalmente de nuestros metales preciosos, podríamos importar à este país [México] muchos de los variados frutos de la industria asiática, como las porcelanas, los diversos utensilios de quincallería, los tejidos tanto de seda o de

---

<sup>8</sup> Dice Díaz Covarrubias: «[...] nuestras relaciones directas con el Asia deben ser altamente provechosas para México que después de su independencia ha sido exclusivamente tributario de la Europa» (p. 143).

algodón, además de otra infinidad de artefactos de gusto o de lujo que se adquieren allí a precios muy bajos (pp. 140-141).

Con este proyecto, Díaz Covarrubias apuntaba hacia dos direcciones. El objetivo inmediato es de carácter mercantil, procurando inscribir a México en el mercado internacional asiático para competir con los demás países que ya habían establecido relaciones comerciales con el Japón, desde mediados del siglo XIX, como Estados Unidos (1854), Inglaterra (1854), Rusia (1855) y Holanda (1856). El segundo objetivo es de índole humana, intentando estrechar relaciones de amistad y solidaridad entre México y el Japón, dos países que se encontraban en ese momento en una situación histórica y económica semejante, dispuestos a conquistar la modernidad partiendo de sus tradiciones.

Al final de su crónica, el mexicano lanza un llamamiento al pueblo japonés para que siga abriéndose al resto del mundo occidental aprovechando el «genio ordenado y práctico» de Inglaterra; tomando de la «simpática Francia la ciencia» y el «buen gusto característico, sus ideas luminosas que sabe hacer benéficas para toda la tierra»; de Alemania, su «filosofía y sus pensamientos profundos»; de España e Italia, «el cultivo de sus bellas artes y de sus bellas letras»; de las Américas, «ejemplos de instituciones libres, y al mismo tiempo aprenderás con su experiencia cuáles son las que te convienen, y cómo debes plantearlas sin peligro» (pp. 321-322).

Al mismo tiempo, el viajero mexicano lanza una advertencia capital en este proceso de occidentalización al señalar, citando al emperador japonés: «¡Que el exagerado amor al pasado no te haga rechazar el progreso! ¡Que el exagerado amor al progreso no te haga demasiado impaciente para conquistarlo!» (p. 322). Esto significa que, si para salir de su aislamiento insular y secular, el Japón debe extender sus relaciones con el resto del mundo y, en particular, con las civilizaciones occidentales, paralelamente debe conservar los valores que constituyen su identidad. Respecto a México, la posición de Díaz Covarrubias es clarividente y anticipadora. Casi un siglo

después, Octavio Paz lo señala acertadamente: las culturas, al mezclarse, se enriquecen de manera recíproca. En su discurso de recepción del Premio Nobel (Estocolmo, 8 de diciembre de 1990), Octavio Paz señaló que:

México buscaba al presente afuera y lo encontró adentro, enterrado pero vivo. La búsqueda de la modernidad nos llevó a descubrir nuestra antigüedad, el rostro oculto de la nación. Inesperada lección histórica que no sé si todos han aprendido: entre tradición y modernidad hay un puente. Aisladas, las tradiciones se petrifican y las modernidades se volatilizan; en conjunción, una anima a la otra y la otra le responde dándole peso y gravedad (Paz, 1991, pp. 7-22).

## CONCLUSIÓN

Esta crónica de Díaz Covarrubias es de un valor inestimable en la historia de México porque representa un testimonio multidimensional: científicamente, porque fue el primer informe en divulgar los felices resultados de la comisión astronómica mexicana del tránsito venusiano del 9 de diciembre de 1874, anticipando a las delegaciones de las grandes potencias como Francia, Inglaterra y Estados Unidos (poco antes de ser publicado, el informe fue presentado en 1875 por Díaz Covarrubias en París). Este éxito le permitió a México figurar como miembro prestigioso de la comunidad astronómica internacional. La misión científica fue además determinante para la creación del Observatorio Astronómico Nacional, inaugurado por el presidente Porfirio Díaz el 5 de mayo de 1878. A nivel político, a pesar de su relativa inestabilidad, la misión fue para México la ocasión de presentar una nueva imagen, de progreso y de modernidad, en la escena internacional.

En el plano económico y diplomático, los argumentos expuestos por Díaz Covarrubias en su crónica estuvieron al origen del tan deseado y defendido «Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre México y Japón», firmado en Washington el 30 de noviembre de 1888. El papel desempeñado por el viajero mexicano fue fundamental no solo a nivel

comercial, sino también a nivel humano. En su informe de la misión por el país del Sol Naciente, Díaz Covarrubias ofrece una muestra de su carácter polifacético al combinar con maestría una investigación científica con un relato de viaje humanista. En esta crónica, el viajero mexicano nunca cesó de reiterar el determinante papel desempeñado por la ciencia en el destino de la humanidad. Compartiendo los valores esenciales del positivismo de su época, el viajero señala que debemos «tener fe en la ciencia»; esta, según él, dispone del poder necesario para unificar a la humanidad:

Siempre que me ha acontecido tener que ocuparme de asuntos científicos en compañía de personas de diversas nacionalidades, no he podido menos de admitir el influjo poderosamente unificador de la ciencia y su aptitud característica, de que no participa ninguna otra concepción humana, para hacer convergentes todas las inteligencias hácia una sola y uniforme convicción [...]. ¿Por qué durante tantos siglos ha permanecido la humanidad girando en un perpetuo círculo de principios fundados en suposiciones arbitrarias, y no se ha agrupado aun en torno del único agente capaz de uniformar todas las creencias fundamentales? (p. 181).

Para Díaz Covarrubias, como para todo positivista, la ciencia y el progreso son la sola alternativa para unificar la especie humana y protegerla contra sí misma. El viajero mexicano había detectado señales prometedoras de una occidentalización de la sociedad japonesa de la era Meiji, en plena mutación. Deseaba para su país como para el Japón lo que había constatado en la sociedad anglo-americana: «libertad, orden, progreso y modernidad». Estos son los preceptos del positivismo comtiano:

A la sombra de instituciones tan adecuadas á sus circunstancias, poseedores de un suelo tan admirablemente dispuesto para la agricultura y el comercio, guiados por las virtudes cívicas de sus caudillos al principio de su vida independiente, pudieron los anglo-americanos realizar sin esfuerzo alguno el bello programa formulado por el ilustre Comte, adoptando la *libertad* como base, el *orden* como medio, el *progreso* como fin y resultado necesario (p. 185).

Estos conceptos claves traducen el grado de occidentalización de un país oriental y deben guiar, asimismo, la acción política mexicana hacia la modernidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bulnes, Francisco (2012[1875]). *Hemisferio Norte, once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa* (edición de José Ricardo Chaves). México: UNAM, Coordinación de Humanidades.
- Díaz Covarrubias, Francisco (1876). *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón: para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol el 8 de Diciembre de 1874*. México: Imprenta Polígota de C. Ramiro y Ponce de León.
- Chávez Jiménez, Daniar (2014). Viajeros del siglo XIX: el linaje mexicano y las 11 mil leguas de Francisco Bulnes por el Hemisferio Norte. *Estudios, XII*(108), 53-72.
- Elisseeff, Danielle (2001). *Histoire du Japon: entre Chine et Pacifique*. Mónaco: Éditions du Rocher.
- Gasquet, Axel (2007). *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gómez Carrillo, Enrique (1912). *El Japón heroico y galante*. Madrid: Renacimiento.
- Martí, José (1968). Nuestra América. En *Obras escogidas* (tomo I). La Habana: Instituto del Libro.
- Mohssine, Assia (2012). El relato de viaje de José María Guzmán por Oriente (1837). Entre construcción identitaria y palabra panfletaria. *Cuadernos del CILHA*, 13(16), 65-79.
- Moriyama, Takashi (1997). *L'Abécédaire du Japon*. Arles: Editions Philippe Picquier.

- Paz, Octavio (1991). La búsqueda del presente. *Convergencias*. Barcelona: Seix Barral.
- Said, Edward (2002). *Orientalismo*. Madrid: Debate.
- Taboada, Hernán G. H. (1998). Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos (1786-1920). *Estudios de Asia y África*, XXXIII(106), 2, mayo-agosto.
- Tada, Michitarō (2006). *Gestualidad japonesa. Manifestaciones modernas de una cultura clásica*. Prólogo de Anna Kazumi Stahl. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.